

UNA NOCHE EN EL MUSEO.

Un día yo estaba muy nerviosa porque era mi primera visita al Museo de Ciencias Naturales. ¿Estaría el Megaterio? Mis padres me habían hablado de él y ya era mi animal favorito. Su cráneo me recordaba la cara de un perrito. Cuando lo vi me sorprendió: ¡era mucho más grande de lo que parecía en las fotos!

Me distraje y no me di cuenta de la desgracia: me perdí y no encontré a mis padres por ninguna parte. El museo estaba cerrado y me rendí. Estaba sola y encerrada. Empecé a llorar en un rincón.

–No llores –dijo una voz.

Miré y... ¡El megaterio se estaba moviendo!

–¿Pero no estás muerto?

–¿Muerto?, ¿yo?, ja, ja –rio con voz grave.

Se miró las patas huesudas.

–Puede que tengas razón: estoy muerto. Soy un monstruo.

–No eres un monstruo –le dije.

–Sí lo soy. Yo me preocupaba por los demás y ellos decían que yo era una criatura fea, horrenda y monstruosa. Todos me tenían miedo.

–Dices que eres un monstruo por ser feo. Pero ser bueno o malo no viene de ser guapo o feo ni del físico, sino de tu corazón.

–¡Pero si no tengo corazón! ¡Soy un esqueleto!

–¡No me refiero a ese corazón! Es una expresión. Significa que ser bueno es hacer cosas por los demás. Te preocupabas por los demás. Los que se burlaban sí que son unos verdaderos monstruos.

Saqué mi Nintendo y jugamos juntos a Mario Odyssey y a otros videojuegos. Después al escondite, pero era muy grandote y lo encontraba siempre. Luego él me enseñó un espejo de obsidiana, un cráneo de cocodrilo, hombres del paleolítico, a su amigo Don Diplodocus...

Cuando más amigos éramos llegó la parte triste: la despedida.

Al amanecer escuché un ruido en la puerta: mis padres llegaban muy preocupados y acompañados de un policía. Me abrazaron y me dijeron que tenía que volver a casa. Cuando nos marchábamos vi como al Megaterio le arrastraba una lágrima por la mejilla.

–¡Esperad! –grité, y fui corriendo hasta él.

–No tengas miedo –le dije–. ¡Muévete!

Movió la cola y se agachó para que subiese en su lomo. El policía, muerto de miedo, salió corriendo.

–¿Nos lo podemos quedar? –pregunté a papá desde allí arriba.

–Tengo una idea mejor –dijo mi padre–. ¡Viviremos aquí, en el museo!

El megaterio esbozó una sonrisa. Estaba feliz como una perdiz.